

### La Bella y el Pastelero (B.1)

Había una vez, un pastelería en un pueblo. Cada día, el pastelero hacía pasteles muy ricos. Un día, una joven bellísima que tenía los ojos de almendras y el piel de miel entró en el pastelería. El pastelero se enamoró de ella al instante. De repente, la bella le dijo: “Quiero que me des todos los turrónes en esta tienda.” El pastelero, como estaba hechizado completamente por ella, hizo lo que quería la bella. Se llevó los turrónes y se marchó. Aunque ya no tenía nada que vender para la Navidad, él estaba muy contento. El otro día, volvió la bella al pastelería y le mandó: “Que me des todos los roscones en esta tienda.” El pastelero hizo lo que le dijo la bella y ella se marchó con todos los roscones. Aunque ya no tenía nada que vender para los Reyes Magos, era tan feliz.

Unos meses más tarde, la bella se apareció en el pastelería. Esta vez, ella le sonrió al pastelero y señaló a las torrijas con su dedo. El pastelero le dio todas las torrijas. Se las llevó y se marchó. Lo estaba volviendo loco, así que decidió seguirla. La bella salió del pueblo y al final llegó al huerto de los cerezos al lado del río. Se unió a otras jóvenes que estaban cantando y bailando. Eran chicas bellísimas y felicísimas. Se lo pasaban muy bien. Después de un rato, se quitaron la ropa y empezaron a bañarse en el río. El pastelero, como tenía muchas ganas de hablar con ella, se acercó al río y escondió su ropa. Acabó de bañarse, la bella buscó su ropa en vano. No sabía qué podía hacer. Allí, el pastelero se presentó y le dijo: “Perdoname por esconder su ropa, es que estoy enamorado de ti y querría hablar contigo.” La bella parecía muy vergonzosa y le respondió: “No tenías que hacerlo. Yo te quiero desde la primera vez que te vi.” Lo hizo muy feliz y se abrazaron. Poco después, se casaron y vivieron felices. Sin embargo, cuando vino el invierno, la bella enfermó y murió. Destrozado, el pastelero no podía hacer nada, pero poco a poco volvía a trabajar.

El próximo año, había una crisis en el país y la gente de su pueblo ya no podía comprar sus pasteles. Se había quedado sin trabajo desde hace 3 meses. Una noche, había alguien llamando a la puerta de su tienda. El pastelero abrió la puerta. ¡Allí, encontró su mujer! Asombrado pero alegrándose, le dio abrazos y besos. Luego, la bella le contó: “Soy la hada de la flor del cerezo. Tenía que morir cuando vino el invierno, pero he vuelto a ti para decirte la verdad y agradecerte.” Entonces, le entregó un montón de harina, leche, azúcar y huevos, y se fue. El pastelero, asustado pero animado, hizo muchas torrijas toda la noche y la próxima mañana, le las regaló a todo el mundo en su pueblo.

¡Y colorin colorado, este cuento se ha acabado!